

Opinión

¿Cómo será la universidad del futuro?

Si a fines de los 80 nos hubiéramos preguntado cómo iba a ser el teléfono del futuro, muy pocos habrían acertado. Habríamos imaginado algo no muy distinto a lo que en la época era el estándar, un aparato dedicado exclusivamente a la conversación, de uso colectivo y conectado a un cable. Ya iniciada la revolución y en presencia de los dispositivos inteligentes, emblemático fue el caso de la famosa BlackBerry, que tuvo un éxito total, pero fugaz. En ese tiempo, pensar en un teléfono sin teclado físico era simplemente una locura. Hoy, prácticamente, no existen con teclado físico, gracias a Steve Jobs.

¿Y qué dijo unos años después? Que un teléfono no debía superar un tamaño tal de modo que toda la pantalla fuera alcanzable con la extensión del dedo gordo. Sin embargo, actualmente, cuesta encontrar aparatos que cumplan con esa restricción, la gente quiere pantallas grandes. Sí, el gran innovador y revolucionario de la tecnología, el mismísimo Jobs, también se equivocó.

El ser humano se ha caracterizado a lo largo de la historia por su incapacidad para predecir el futuro, pero al mismo tiempo, por su extraordinario talento para producir soluciones revolucionarias que transforman para mejor nuestras vidas. La clave ha estado en liberar las fuerzas creativas de miles de innovadores, los que de manera iterativa son capaces de encontrar grandes soluciones.

En educación pasa lo mismo, es muy difícil anticipar cómo será en 10 o 20 años. Entonces ¿cómo será la universidad del futuro? Lamento decepcionar, no tengo respuesta. El camino no es sentarnos a especular, predefinir y dirigir el futuro, sino que está en descubrirlo a través del ensayo y error. Necesitamos más espacio para que surjan muchas nuevas ideas, para que proyectos distintos intenten, exploren y busquen nuevas y mejores maneras para hacer las cosas.

La discusión pública sobre educación versa actualmente sobre re-

glas, estándares, controles, restricciones. Leyes y más leyes de direccionamiento y control, leyes y más leyes para todos. En vez de eso, o por último además de eso, deberíamos estar discutiendo cómo damos más libertad, cómo generamos más condiciones para que más proyectos quieran competir por generar las mejores propuestas educativas; cómo facilitamos el florecimiento de innovadores en la educación y nuevas ideas disruptivas.

¿Cuánta preocupación hay en el mundo político respecto de lo fácil o difícil que es innovar hoy en Chile en educación? ¿Cuándo fue la última vez que se creó un nuevo proyecto de educación superior en Chile?

¿Qué incentivos y espacios tienen hoy las universidades para tomar riesgo, hacer las cosas distinto e innovar sin ser duramente amenazados por sistemas de acreditación y regulación?

Es curioso, en un tiempo en que la palabra diversidad a nivel individual es casi un término sagrado, a nivel de instituciones, pareciera ser un mal. Vemos cada vez más homogeneidad, control, restricciones, menos espacios para in-

novar y más dificultades para perseguir maneras distintas de hacer universidad. Si ésta hubiera sido la lógica aplicada a la industria de los teléfonos, probablemente todavía estaríamos usando aparatos con ruedas de discado, pegados a la pared y contestando, "¿con quién quiere hablar?".

Necesitamos más espacio para que surjan muchas nuevas ideas, para que proyectos distintos intenten, exploren y busquen nuevas y mejores maneras para hacer las cosas.



DANIEL CONTESSE STRAUSS

Vicerrector de Innovación y Desarrollo
Universidad del Desarrollo